



NUMERO SUELTO, 15 CÉNTIMOS

CONFESIÓN GENERAL

Apreciables. ¿pero qué digo apreciables? que ridísimos lectores de EL MOTÍN:

Como el misero doliente
que en el lecho fatigado
á cualquier parte inclinado
los mismos dolores siente,
y por calmar su tormento,
que en cada lado es mayor,
busca alivio á su dolor
en el mismo movimiento,

así andaba el enamorado de una comedia del célebre Ruiz de Alarcón, y así ando yo de algunos años acá con EL MOTÍN, venido muy á menos desde que di, ¡bendita sea mil veces la hora!, en decir francamente lo que pensaba de los directores de la política republicana.

Las frecuentes reformas en la caricatura, ora en cromo, ora en negro, con más colores, con menos, más grande hoy, más chica mañana, sólo significaban, por más que yo lo callara pudorosamente, mi disculpable deseo de ver si podía levantar otra vez el periódico á la altura que lo tenía al entrar en la coalición de la Prensa (*nueve mil ejemplares de tirada*, mientras que hoy no pasa de *cinco mil*), número más que suficiente para que el público se entere, como dicen los vendedores de papeles públicos, pero insuficiente para *enjugar el déficit* (esta profunda frase demuestra que debo tener algo de hacendista), que me resulta mensualmente.

La última reforma, sobre todo, me ha dado un chasco tremendo. Yo me decía: «El público debe estar ya cansado de ver reproducidos bajo todos aspectos á Cánovas y Sagasta, cabezas de turco de los dibujantes desde la restauración; la caricatura resulta monótona y sosa cuando la política se reduce á «quitarte tú para que me ponga yo»; además, en doce años se han agotado todos los asuntos y todas las composiciones de efecto. Reservaré, pues, la caricatura política para cuando las circunstancias hayan variado, y en cambio publicaré cromos á seis colores, de asuntos generales, reproducciones de cuadros notables, retratos de personajes célebres y escenas de costumbres, que puedan colocarse en un marco como adorno, etc., etc. Esto es más interesante, más nuevo, más artístico, y etc., etc.

Pero nada, la reforma no ha cuajado: EL MOTÍN no ha aumentado un número por ella, y me veo en la imposibilidad (material creo que se dice) de continuar dando cromitos; así, empezaré desde primeros del próximo año á dar las caricaturas en negro.

Y lo aviso con tiempo, para evitar al correccionario que se quiera dar de baja por esta causa, la molestia de hacer el pago; precisamente estamos á fin de trimestre y de año y hay muchas renovaciones pendientes. Me ha

dado el raro capricho de imitar á aquel estúpido pescador de caña que no ponía cebo en el anzuelo, y al ser interrogado respondía con gravedad cómica: «Aquí no se engaña á nadie: soy un pescador honrado; el pez que quiera picar que pique, y el que no que lo deje.»

No recuerdo ahora qué general (creo que Garibaldi; y si no fué este sería otro, lo que es igual para el caso), decía á sus soldados una cosa parecida á la siguiente: «Os aguardan hambres, frios, fatigas; vengan conmigo los que amen la Italia.» Pues lo mismo digo yo á mis lectores: «Os aguardan caricaturas en negro, quizás ni esto algún día; continúen con la suscripción los que estén conformes con lo que digo.» Porque de esto sí que respondo: de seguir diciendo lo mismo mientras los demás no varíen de rumbo. Esto depende únicamente de mí, y con caricatura en cromo, ó en negro, ó sin caricatura, el texto no variará. Y hasta de digresiones.

Si; han fracasado mis esfuerzos, encaminados á ver si EL MOTÍN podía parodiar aquello de *vuelvan las cosas al ser y estado que tenían antes de 1889*. No me ha sido posible hasta ahora, y voy sospechando que tampoco va á serme en adelante. Muchas felicitaciones, muchas protestas de adhesión; pero suscripciones, ninguna. Si se abonase siquiera la quinta parte de los que se entusiasman con mi actitud, quintuplicaría EL MOTÍN la tirada que tuvo el 89; y no digo nada si en la misma proporción lo hicieran cuantos en su fuero interno reconocen que la razón me sobra hasta por la punta de mis ya escasos pelos; tendría por suscriptores á casi todos los republicanos. Porque pueden todos pensar como quierán, y renegar de mí en público como si fuesen clérigos ó frailes: pero ¿negarse á sí mismos que yo he tenido razón, y que la tengo? Ya se guardarán muy bien. A solas todos nos decimos la verdad, y la verdad aquí (dicho sea sin modestia), es que los hechos han trabajado en favor mío, demostrando mi imparcialidad, mi... (Aquí trescientas etcéteras.)

Y si no, vamos á cuentas. Desde que vengo sosteniendo que el partido no va á ninguna parte por el camino que sigue y fustigando á los que hacia él lo empujan, ¿qué se ha hecho para demostrar que no tengo razón?

Nada se ha hecho revolucionariamente; los jefes siguen lo mismo; el desquiciamiento es mayor cada día; la unión ha resultado estéril por confesión de los mismos que la pactaron; las últimas elecciones han patentizado que al pueblo no le peta ése procedimiento; nadie sabe ya dónde está ni lo que quiere; sólo yo, dicen, he visto claro, (¡un millón de gracias!) y he sido una especie de astrólogo sin barbas largas, ni manto con estrellas de talco, ni gorro puntiagudo.

Pero ni por esas: los lectores de EL MOTÍN no aumentan. Temen sin duda los republicanos que dicen que piensan como yo, que los mandones se enteren, y los excomulguen. ¿Qué hemos de hacerle! Para esos, la democracia parece que está ahora de monos con la independencia y la dignidad!

Es verdad que en todo ocurre lo mismo. Pocos se atreven á ser hoy lo que dicen que son: demócratas que abdicen de sus derechos; librepensadores que van á misa; revolucionarios que condenan los movimientos; partidarios de la lucha legal que se sublevarán; amantes de la fraternidad que se destrozan constantemente; entusiastas, frios como carámbanos; sensatos, que cometen á cada paso terribles ligerezas... Esto somos y así estamos los que bullimos.

Convencidos de que había que poner el cascabel al gato, todos gritábamos, mas ninguno se lo ponía; yo me atreví, y ¡toma cascabelito! Los que más encarecían la necesidad de hacerlo, se creen ahora más obligados á censurarlo: quieren hacerse perdonar hasta la intención. No sentirán el santo temor de Dios, ¡más lo que es el de los jefes!...

Aunque, bien mirado, y en último término, he salido bien librado: otros han perdido por sus convicciones más que yo; me sonroja hasta pensar que pueda nadie suponer que trato de establecer comparaciones; y si cito sus nombres, no es por creer que haya quien los ignore, sino porque algún malicioso no vaya á suponer que al hablar de sacrificios trato de aludir ni directa ni indirectamente á los señores Zorrilla, Pi ni Salmeron.

Villacampa, Ferrándiz, Vellés, Mangado, Cebrián, sargentos fusilados en Santo Domingo, todos muertos; Vega, Prieto, Foncuberta, Marín, Casero, Castillo, González, y cuantos, sublevados en Badajoz ó en Madrid habéis perdido vuestras carreras y estado en la emigración ó en el presidio; lo mismo que los que os habéis visto obligados á tomar el retiro ó la licencia por no sufrir persecuciones: igual que los que os veis postergados y vigilados en la escala de reserva... todos los que, en fin, con sólo haber seguido la corriente, podíais haber obtenido empleos, cruces y honores, vosotros sí que habéis sacrificado mucho por la causa, no yo; vosotros sí que habéis practicado la verdad, mientras yo me he limitado á predicarla. No hay comparación entre vosotros y yo; no puede haberla.

Y cuando pienso en lo que habréis pensado los que vivís, y en lo que pensarían los que murieron si vivieran, al ver á los que os comprometieron lanzarse frenéticamente a la lucha electoral, sin reparar en *gastos ni en abdicaciones*, para conquistar un puesto en las Cortes ó en los municipios, mientras vuestras mu-

jeres y vuestros hijos quizás carezcan de abrigo y de pan...

Pero volvamos á EL MOTIN.

No, no me quejo de nadie; ha ocurrido lo que debía ocurrir, y nada más. La mediana opinión que tengo de muchas gentes me impediría llamarme á engaño, sino me lo vedara el temor á pasar por tonto; aunque mirada la cosa desde el punto de vista de mi conveniencia, eso y sólo eso he sido, con la agravante de que continué siéndolo, y de que volvería á empezar á serlo con mucho gusto, si lo pasado pudiera dejar de ser.

Defecto de organización, perturbación cerebral, carencia de instinto, no sé qué será lo que determina esta mi manera de ser, más lo cierto es que soy así. Es verdad que si fuera de otro modo, no me habría metido á disgustar á nadie, sólo por decir lo que creía justo. «Con mi misita, mis niñas y mi aguardiente, hago una vida de santo», decía aquel cura del cuento; yo, imitándole, podía haber dicho á mi vez: «Con mi MOTIN, los libros de la biblioteca y la influencia natural adquirida en tantos años de *currelo*, (*currelo*, es escribir, en flamenco), que me pinchen ratas. Venja quien venga, y mande quien mande, no valgo tan poco que vaya á desaharme aquél á quien me arrime. ¿Que ni Salmerón, ni Pi, ni Zorrilla cumplen con su deber? ¿Y á mí, qué? Yo ya tengo seguro un puestecito el día que venga la República; hasta tanto, tira de aquí, tira de allá, con lo que produzcan el periódico y los libros, iré viviendo, aunque sea con apuros. Que se la busque cada quisque como yo me la he buscado, y, Antón Perulero, cada cual atienda á su juego.» Y ¿quién sabe, quién sabe? quizás se me hubiese ocurrido un día hasta ser concejal (que nadie está libre de un mal pensamiento) y entonces... Aquí debía haber tres líneas de puntos suspensivos.

Mas ¡ay! no ha sido así; por algo me gusta tanto *El Quijote*. Creyendo que los Andreses necesitaban de mi ayuda para que les pagasen sus soldadas los flaldudos, arremetí lanza en ristre contra éstos, y ¡ay de mí!, entre todos me han traído al extremo de tener que escribir estos renglones. El propósito de ver si el pueblo despertaba (otro hubiera dicho: que el león sacudiese su melena), y al notar que lo habían traído y llevado veinte años como zarandillo de brujas, se decidía á volver por sus fueros, lanzome al camino espinoso de la verdad, donde continúo y continuaré.

Y como para decirlo no es absolutamente preciso que la caricatura vaya en negro ó en cromo (por más que esto sería miel sobre hojuelas), de ahí que me haya atrevido á intentar esta nueva y negra reforma, creyendo que los actuales lectores de EL MOTIN serán tan indulgentes conmigo que me la perdonarán en gracia á la intención, que no es otra, como ya comprenderán, que la de poder continuar con desembarazo ofreciéndoles lo que creo que les agrada desde el momento que continúan leyendo EL MOTIN á despecho de majaderos, ineptos, serviles, ó algo peor aun.

Si me equivocara también en esto, lo que no creo, no por eso desmayaría; sería, sí, el verdadero desengaño que habría sufrido; pero si alguien me preguntara entonces con quién contaba, le contestaría orgullosamente, como no recuerdo ahora qué personaje histórico: *conmigo*; y continuaría mi labor.

Afortunadamente para mí, este caso es tan improbable como el de que los jefes vuelvan al buen sendero, pues cada día recibo pruebas inequívocas de que los lectores que le han quedado á EL MOTIN están del todo identificados con mis ideas, desinteresadamente y sin miras de protección ulterior, porque ni soy jefe, ni acostumbro á ofrecer nada que no esté en mi mano cumplir.

Largo y pesadito ha resultado este artículo, pero no he podido evitarlo: tenía que explicar la razón de tantas variaciones en el periódico, yo, que tan poco vario en otras

cosas; y tenía que explicársela á los lectores de EL MOTIN, que considero como amigos, y que tendrán la bondad de olvidar todo esto apenas acaben de leerlo. Lo que no quisiera que olvidaran nunca, es que pueden disponer de mí siempre y como gusten.

B. S. M.

JOSE NAKENS.

LO DE AFRICA

Siguen 22.000 soldados españoles inactivos en Melilla.

Se dice por ahí que están detenidos porque se trata de evitar la guerra, para impedir que las corrientes de la opinión nos arrastren á pactar una alianza con Francia, que nos ayudaría contra Inglaterra.

Si alguien, por poderoso que se creyera, diese al conflicto una solución que no cuadrara á nuestra dignidad, pronto aprendería á su costa que aquí se sufre y se aguanta todo, menos lo que á esa dignidad afecta.

Se equivocarian, por lo tanto, los que, por imposiciones extrañas, ó por inspiración propia, pretendiesen hacernos servir intereses de otras naciones.

Francia no se porta bien con nosotros, por mezquinas cuestiones de intereses.

Pero esto no ha de impedir que, caso de agravarse la cuestión, nos unamos á ella para evitar que se desconozca nuestro derecho á intervenir como parte principal en la solución que haya de darse al problema marroquí; que los pueblos, como los individuos, saben y deben olvidar sus diferencias cuando los intereses que les son comunes peligran.

Si por servir los intereses de la triple alianza, á la que Inglaterra está vergonzantemente unida, se nos obliga á desempeñar un mal papel en Melilla, no han de tardar mucho los que lo dispongan ó lo consientan en ver que con nuestra dignidad nadie juega.

Bueno y conveniente es dar tregua á las luchas políticas cuando alza su voz el patriotismo; pero si esta tregua ha de servir para que se sufran imposiciones, ó se pacten alianzas que rechaza la opinión, guerra á todos y cada uno de los que á tal extremo quieran llevarnos.

La honra nacional antes que todo.

DECADENCIAS

...Y mirándome de hito en hito, como un hombre que hace esfuerzos infructuosos para dominarse, mi antiguo camarada dejó la taza del café sobre el platillo y repuso:

—He vivido mucho tiempo; mi cabeza blanquea de un modo alarmante, y tengo, entre otras desgracias, la de recordar muy bien. No sé quien, ni me importa consignarlo, ha dicho que la memoria es la más triste condición humana... Y francamente, creo que es cierto. No hay nada más penoso que el recuerdo. Cuando yo era joven, (!) y joven romántico, enamorado de los más puros ideales, contemplaba extático los hombres que bullían en la vanguardia de mi generación. Asistía solo y silencioso á los lugares en donde ellos se reunían, políticos y literatos, y acercándome con discreción, procuraba sorprender sus gestos y palabras más íntimas, admirando sus propósitos mientras saludaba con emoción respetuosa su porvenir glorioso.

Aquellos jóvenes, entonces, tenían la mirada soñadora, la cabeza erguida y bien plantada sobre los hombros, hermosa sonrisa y buena sangre roja.

Marchaban intrépidos y tranquilos, pero poco después, puedo decir como Goya: «Yo lo ví, Lo ví y me horroricé».

Los tiempos eran duros y difíciles, la democracia había perdido la batalla y la República... ¡Bah! ¡qué desengaño!

Buen aguacero y fuerte ventisca para aguau-

tarol á pie firme con la frente desnuda, y frío de la derrota en el corazón.

Los gritos de hambre y sueño de aquellos pobres jóvenes, educados en una Universidad lúera y retórica que sólo les había enseñado glorias y grandezas pasadas, eran espantosos. No hay laringe que resista impune el alarido constante; no hay músculo capaz de permanecer en contractura perpetua. La mueca que puede ser augusta en la boca de un muerto, produce risa y lástima sobre los labios de un hombre vivo.

Cuando se lleva algo dentro del cráneo debe ser horrendo carecer de todo: ni amor, ni luz, ni abrigo. Todo se seca, todo se agosta, todo languidece. Es inútil pedir virilidades al cuerpo, tenacidad al pensamiento, energía al brazo; ¿para qué, si no pueden aplicarse? Se pierden el sentido moral y el sentido común. No hay anhelos, por que no hay esperanzas; y en tan tremendo trance el roce con una mujer hermosa parece el choque brutal de un latigazo y la sonrisa del compañero una traición.

Sentirse viejo, inútil é impotente es igual que aspirar y olerse á muerto, y morir á los veinticinco años cuando otros viven risueños, es tremendo...

Entonces empezó la desbandada. Los ví correr y tirar las armas; sentí el pataleo furioso de su galope inaudito, hacia lo que podía cambiar su miseria en fortuna próspera, oí sus aullidos de bestia hambrienta, sus sollozos trágicos primero y sus carcajadas cínicas después.

La restauración monárquica les ofrecía amparo, y allá fueron de cabeza con los ojos cerrados, como quien se estrella el cráneo contra un muro, y allí cayeron jadeantes y neuróticos.

También entonces fué cuando uno de ellos, un genio acaso, ilustre escritor contemporáneo, me demostró un día con paternal elocuencia la sencilla sinceridad con que los hombres tiran por la ventana un ideal como si fuera una corbata gastada. — «¿Cree usted amigo mío—me dijo—que la Europa va á estremecerse porque usted ó yo (me hacía el honor de equipararnos) de la noche á la mañana nos declaremos monárquicos ó republicanos? Nada de eso... Ni Bismarck ni Gladstone recibirán siquiera la noticia. La vida es una lucha y es preciso vencer. ¿Cómo? De cualquier modo.»

¡Tenía razón, y con él los que cambiaron el andrajo por el gabán de pieles y el sotabanco frío y solo, por la risueña bombonera tapizada de terciopelo blanco con un encantador trocito de carne sonrosada y tibia que canta y ama allí dentro?

No lo sé, pero debo decirte que no puedo odiar á los que me engañaron y á los que conturbaron para siempre mi fé.

¡Pobre gente! Tenían derecho á vivir y lo han conseguido. Quizá de cuando en cuando retuerza su corazón pálido y exangüe por el deleite el recuerdo de aquella miseria tan pura como honrada... Quizá en cambio, superiores á eso que se llaman lirismos cursis, sonríen felices al sentirse encumbrados; pero de todas suertes puedo asegurarte que ahora, después de mucho tiempo, cuando los contemplo ahitos desde el borde polvoriento del camino en que la fatiga me ha derribado, y me siento entumecido, yerto, se agolpan las lágrimas á mis ojos y comprendo cuánto habrán sufrido.

¡Ay de los que nacen para el martirio en esta época de decadencia miserable y de perversión moral, en que sólo son bien hallados los hábiles y los concupiscentes!»

¡Bienaventurados todos los canallas porque de ellos es el reino de este mundo!»

Calló mi pobre amigo, y yo le contemplé con honda tristeza, con la inmensa piedad que merecen los vencidos.

LUIS PARÍS.



NO' ENTRA (CUADRO DEL SEÑOR ANTONIO MOREDA)



Ayuntamiento de Madrid

SOBRAS Y FALTAS

El día que se marchó el general Arolas á Melilla, bajaron á la estación á despedirle unos cuantos individuos de la plana mayor del progresismo militante.

Que él se lo merece es indudable, por su valor, su prestigio y lo arraigado de sus convicciones. Que ellos no debieron bajar á despedirle, lo dice á gritos la prudencia.

El general Arolas no oculta á nadie sus ideas, pero tampoco hace alarde de ellas inoportuna y aparatosamente; por otra parte, sabe muy bien á cuánto le obliga su deber de militar en estos instantes en que el patriotismo debe sobreponerse á los demás sentimientos.

¿A qué bajaron, pues? A exhibirse, á que la prensa dijera al día siguiente: «estuvieron á despedir al general Arolas los señores... (aquí los nombres).» Esto da importancia, porque los hombres como Arolas la reflejan sobre los que se le acercan; además, se puede hablar de ello un par de semanas con los correligionarios.

Pero esto sirve á la vez para que el gobierno no se fije más y más en un hombre que ha venido á España después de ser un héroe en Joló, no á conspirar en burdo con nadie, sino á seguir por los derroteros que el bien de la patria le exija.

Cuando se tiene la fortuna de que un hombre como Arolas coincida con los demócratas en ideas, debe procurarse no comprometerlo con manifestaciones extemporáneas; y menos si, como ahora ha ocurrido, el gobierno acaba de darle una prueba de lo mucho en que estime su inteligencia, su bravura y sus servicios, destinándole al ejército de África con preferencia á otros generales de la más pura ortodoxia monárquica.

¿Querían, por no poder resistir á tan noble deseo, honrar á un militar digno y pundonoroso? Una tarjeta dejada en el hotel donde se hospedaba, habría bastado al objeto.

Y si, pesarosos por no haber satisfecho del todo aquel deseo, querían verlo colmado, allá, en una fría celda de la Cárcel modelo, hay un exmilitar, digno y pundonoroso también, que perdió su carrera y su porvenir en la intentona revolucionaria del partido progresista en 1886; que ha estado emigrado, y que hoy se ve preso por no tener ocho mil pesetas que le exigen de fianza: Don Emilio Prieto.

Hubieran ido á verle, ya que no ha habido ni un hombre ni un organismo del partido porque se sacrificó que se haya creído en el deber de prestar esa fianza; y no sólo habrían satisfecho del todo aquel deseo, si no que hubieran probado á la vez que han sido injustos con el Sr. Zorrilla los centralistas que le han atribuido esta frase sangrienta: «los amigos son para mí como los limones: los estrujo, y cuando no tienen ya zumo que dar, los tiro;» puesto que él, lo mismo que los prohombres progresistas, honran y atienden al que ya se ha sacrificado, ni más ni menos que al que sospechan que puede sacrificarse.

Y hubieran ganado en ello el señor Zorrilla y el partido progresista.

LOS SARGENTOS PRIMEROS

Los gobiernos monárquicos que se sucedieron desde la restauración acá no cesaron de cometer arbitrariedades, y ninguna más perniciosa para la disciplina de nuestro heroico ejército, para el engrandecimiento de la patria y para el esplendor de las invictas armas españolas que la supresión ilógica de los sargentos primeros.

En los ejércitos no puede haber una línea divisoria que separe ó aisle la autoridad militar; establecerla equivale á destruir esa robusta autoridad que nace en el cabo segundo, sigue creciendo en el cabo primero, y toma mayor cuerpo y cohesión en el sargento segundo para consolidarse, por decirlo así, en el primero, que fué siempre la enérgica cabeza

de la compañía, el verdadero intérprete de las necesidades del soldado, el conocedor de sus vicios ó defectos, el que sabía alentarlos para el combate, el que lo sometía á la obediencia ciega de las sabias Ordenanzas, entregándolo sumiso y obediente á las órdenes de sus oficiales y jefes.

La lamentable supresión de los sargentos primeros, iniciada por el gobierno del Sr. Cánovas y llevada á cabo por el entonces ministro de la Guerra, general Sr. Castillo, no tuvo más fin que consolidar la política conservadora ó monárquica, combatiendo por ese medio, á su juicio, las rebeliones militares; y esto de sobreponer la política á la organización histórica, filosófica y gloriosa del ejército español, es un absurdo de tal índole, que pudiera muy bien proporcionarnos días de luto, de vergüenza y de quebranto para la patria.

El soldado debe tener aspiraciones, como el oficial, como el jefe, como el caudillo; de no tenerlas, cunde el desaliento, fracasan los planes del general ó se hace imposible la victoria. Aquellos soldados del gran Napoleón que, según él les decía, llevaban en sus cartucheras la faja de general, fueron los héroes en Ansterlitz, en Jena y en nuestra propia España; sin aquellos soldados que tenían en perspectiva una carrera para poder disfrutar de todos sus grados, de todas sus jerarquías, no hubiera conseguido Napoleón I el renombre de gran capitán; hubieran sido estériles su valor, su pericia militar, su genio; algunos de aquellos agorridos soldados llegaron á todo: hasta á reyes; he ahí el magnífico resorte, el sublime engranaje que conduce los ejércitos á la victoria.

Nosotros tenemos hoy un ejército deficiente por estar dividido en castas, cosa que no se atrevieron á hacer jamás los poderes absolutos de otros tiempos; y ese ejército sin estímulo, sin una equitativa y justa retribución á su penoso trabajo, á sus inmensos sacrificios, pudiera conducirnos á seguras derrotas; pues no basta en el combate, en las luchas guerreras una obediencia pasiva; necesitase algo más, mucho más, una obediencia de empuje, enérgica, valiente, heroica, y esta no se consigue matando los estímulos, defraudando las esperanzas ó aniquilando los esfuerzos de las clases de tropa en un paroxismo deplorable y contraproducente.

Cuando el cabo tiene aspiraciones y desea ascender á sargento segundo, anima al soldado de su escuadra, haciéndole que se bata con desnudo; el sargento segundo alienta á su sección, y el primero, á toda la compañía, en espera de su ascenso á oficial; pero si este estímulo, como ahora, falta, decae el ánimo, languidece la acción del jefe, y éste pudiera muy bien sufrir un descalabro, á pesar de tener á sus órdenes soldados de un valor nunca desmentido por sus tradiciones gloriosas.

Urge, pues, el restablecimiento en las compañías de nuestro valeroso ejército del sargento primero, si queremos reconquistar nuestros anteriores prestigios; la reforma se impone por la fuerza de las circunstancias, y, de no llevarla á cabo en plazo breve, quién puede presumir, caso de una guerra con África, ó con otra cualquier nación ambiciosa que nos saliera al paso, la suerte que la actual desorganización pudiera depararnos, y digo actual desorganización de nuestro valeroso ejército, sin temor á que nadie me refute con argumentos de verdadera lógica, porque el argumento águilas, ya indicado, es el de que no deben existir privilegios de ninguna clase en las corporaciones donde se sacrifica la vida en aras de la patria, por su grandeza y prosperidad.

A la generosa sangre de esos sargentos primeros, derramada en Madrid y otras capitales en las distintas épocas de nuestra regeneración política y social del presente siglo, y principalmente en el año 1866, deben los Sagasta, los Moret, los Montero Ríos, los Canalejas y otros hombres de relativa importan-

cia, aunque no tanta como ellos presumen tener, los elevados puestos que ahora ocupan, recibiendo como premio á tan señalados y heroicos servicios una preterición inaudita, injusta y desorganizadora de nuestro valiente ejército.

Nada diré por hoy del general López Domínguez, quien, conociendo la falta desde que ocupa el ministerio de la Guerra, no se atreve á subsanarla, sin duda temiendo las iras de los conservadores ó las de su émulo el nuevo é imprescindible gran capitán Martínez Campos.

¿A qué vienen esas vacilaciones?

¿Crea ó no crea la clase de sargentos primeros ó de suboficiales? ¿Espera acaso á que se demuestre tangiblemente la necesidad de crearla cuando comience en serio la campaña, si es que comienza?

Entonces callo... y espero escribiendo.

E. SACO Y BREY.

UN FRAILE INOCENTE

Ya lo dijimos cuando se habló del hecho: «Fray Eulogio será absuelto.»

¿No recuerdan nuestros lectores quien es fray Eulogio? Mala memoria tienen entonces.

Es aquel fraile que fué acusado en Córdoba de atentados al pudor con una niña á quien regalaba estampitas, y que dió lugar á que apedrearán el convento las escandalizadas gentes del pueblo.

El día 6 del corriente se vió la causa, y resultó lo que forzosamente debía resultar: que el pobrecito fraile era inocente, según el informe facultativo, y, por lo tanto, el fiscal retiró la acusación, y el tribunal de derecho acordó el sobreseimiento.

Como no entendemos de estas cosas, no se nos alcanza cómo, si el dictamen facultativo figuraba en el proceso, y en él se funda la inculpabilidad, ha podido llegarse al acto de la vista.

Pero en fin, todo esto importa poco. El hecho es que fray Eulogio resulta un casto varón, que es lo que se trataba de demostrar, y lo demás son cuentos.

Prohíbese adelante que las niñas entren en su convento, para evitar que la maldad sectaria le cuele otro milagro de esa índole, y congratulémonos todos de que una vez más se haya demostrado que los religiosos son puros como el armiño, sencillos como palomas.

Y permítasenos á la vez envanecernos de la exactitud de nuestras previsiones, cuando decíamos:

«No ocurrirá nada, no ocurrirá nada; el fraile resultará por cima de José en castidad.»

Y como así ha resultado efectivamente, exclamamos poseídos de la más profunda alegría: «hasta otra.»

Entiéndase bien; hasta otra calumnia que la impiedad levante á otro miembro de la Iglesia, y que será también, no lo dudamos, desvanecida por la luz esplendorosa de la verdad y la justicia.

¡Ah! Se nos olvidaba enviar nuestra modesta felicitación á fray Eulogio por haber salido de la acusación limpio y sin mancha en su virginal pureza, felicitación que extendemos á la orden á que pertenece, y á todas las órdenes religiosas, modelos de castidad en lo pasado y en lo presente, según rezan todas las historias y tradiciones que de sus irreprochables costumbres tratan.

Y á la vez damos el pésame á la turba nefanda de impíos, que, para vergüenza de nuestra católica nación, aumenta de día en día, en número y en insolencia.

CONFLICTOS

Y ¿á qué insistir en la cuestión Chavardes, poniendo aún más de relieve sus hechos inculcables y escandalosos?

Quedan satisfechos, pues, sobradamente

los vehementes deseos de nuestro incógnito comunicante. La escueta afirmación, hasta los próceres que presa de espantosa borrachera se tienden en los rails y detienen un tren en marcha, queda plenamente justificada con la elocuencia indiscutible de los hechos. Nada de recelosas suspicacias ni traidoras dudas: al decir se roba, señalaremos al ladrón; al reseñar abusos odiosos, pondremos de relieve á los culpables; al hacer reflexiones, nos inspiraremos en eternos principios de justicia.

Y una de las más curiosas cuestiones que saltan á la vista, es la de las pérdidas que las compañías sufren por el alza de los cambios. Hasta tal extremo se hace esta cuestión interesantísima, que nuestros ministros, consejeros los unos no há muchos meses y los otros consejeros para un porvenir cercano, van y vienen, conferencian é investigan, suman voluntades y plantean llenos de interés esta cuestión pavorosa, como si de ella dependiera la honra de nuestro pueblo en las costas de Marruecos ó el porvenir incierto de nuestra industria ó el comercio.

Ya no se trata de la huelga de cuatro infelices factores, á los que se engaña, para que desistan de su actitud, con esperanzas ilusorias; no son un puñado de maquinistas, hombres rudos y faltos de entereza y vigor, al decir de sus explotadores, á los que hoy al uno, mañana al otro, conviene echar como gente peligrosa; se trata nada menos que de que se lesionan los intereses de estas empresas monstruos, que á cambio de explotar á los unos y triturar en su inmenso engranaje á los otros, están dispuestas á sacrificar un montón de duros en provecho de quienes venden á tan corto precio su prestigio y su influencia.

Y si esto no es cierto, ¿qué se ha hecho de seis millones de reales, procedentes de cobros de más y de la venta de efectos extraviados, que deben obrar en poder de la compañía de M. Z. y A? ¿No se le contestó hace años al señor Cánovas, que se reservaban para la formación del Montepío de los empleados?

¿Dónde vá ó á donde debe ir el importe de los billetes de andén?

Cuestiones son estas, y otras más que habremos de tratar extensamente, en las que nuestro ministro de Fomento debiera interesarse, y no en las que única y exclusivamente afectan á gentes que de continuo nos explotan.

¿Aumentar sus tarifas cuando ciertamente son de las más elevadas que existen en Europa!

Hay que deshacer contubernios; hay que hablar claro; hay que quitar caretas y no llamar hábil al falto de vergüenza; ni político al que explota al pueblo; ni literato, al que emborriona cuartillas con ideas robadas; ni poeta, al que zurce cuatro majaderías, faltas de gusto, y las envuelve en estrafalario ropaje; ni científico, al que, hecho un ídolo chino, vierte de sus labios inspirados hondos conceptos, tan hondos, que nadie puede entenderlos ni á nadie importan gran cosa; ni hombre, en suma, á quien de tal no tiene más que la facha.

El trabajar en esta obra, es meritorio.

ENRIQUE A. ROGER.

UN CURA PATRIOTA

No se puede con ellos. A lo mejor se supone de buena fe que un presbítero está rezando en su breviario, y ¡oh desengaño! está forjando versos subversivos.

Los antiguos lectores de EL MOTIN recordarán algunos piadosos varapalos que propiné á un tal Mergeliza, presbítero residente en Ciudad-Real y redactor del papelucho *carca, Los soldados de Cristo*.

Pues bien: ahora Mergeliza está en su patria (Puertollano), y como no tiene periódico donde desahogarse, ha impreso por su cuenta y riesgo una hojita en verso alentando á los heroicos hijos de Puertollano que, por la

honra de España, marchan á pelear contra la infiel morisma.

Así se arranca el hombre, es un suponer:

«Valientes soldados, corred al combate, que la patria ultrajada os llama á luchar. El clarín de la guerra os dé sanos bríos con el cual al moro podáis derrotar.»

¡Basta, apreciable tonsurado! Las muestras de lo bueno deben escatimarse.

¡Benditos sean tu numen, tu chirumen, tu cacumen y tu volumen!

Ese esteco patriótico te salva. También arde en mí el fuego inextinguible del amor patrio y, por lo tanto, queda establecido entre nosotros un lazo común de simpatía.

Te perdono todas las barbaridades que diste en *Los soldados de Cristo*.

Y las coplas esas.

Y las que puedes perpetrar en lo sucesivo.

El mutuo amor á la patria nos reconcilia.

DISPAROS

En la Cámara francesa de diputados, los anarquistas han repetido la hazaña salvaje que realizaron en el teatro del Liceo en Barcelona.

Pero allí el criminal ha sido descubierto y detenido en seguida, y el gobierno ha presentado un proyecto en ley contra los anarquistas, que ha sido aprobado en el acto.

Estas son las únicas y pequeñas diferencias que existen entre ambos casos.

El ridículo representante de la sociedad esa de los padres esos, ha denunciado á EL MOTIN, según hemos leído en la prensa, porque hasta ahora nadie ha venido á molestarnos.

No tenemos humor ni tampoco espacio en este número para ocuparnos de ese tipejo y de los que lo tienen asalariado á su servicio.

En el próximo lo haremos si algo más importante no reclama nuestra atención.

Presentóse el sereno de la calle del Rubio, según dice un querido colega, en una casa de dicha calle en que se verificaba una reunión de familia, y con malos modos, mandó que cesara la fiesta.

Al protestar algunos de los invitados de la orden, el sereno, que no debía estarlo mucho, dijo que había oído dar besos en las manos, y que su *autoridad* no podía consentirlo.

¡En tal boca tal homilia!

La moral gana terreno, pues se confunde nn sereno con un Necio de familia.

No hay dinero para los jornaleros que piden trabajo al ayuntamiento de Madrid.

Ni para pagar cinco mensualidades que se adeudan á los auxiliares excedentes que fueron nombrados maestros de adultos, con el enorme haber mensual de catorce duros.

Pero entre tanto la corporación municipal acuerda dedicar cerca de dos mil pesetas á la compra de fajines para los tenientes de alcalde.

No se rían ustedes; la carcajada podría acabar en náusea.

Cuenta un periódico de Málaga que en la tribu de Frajana hay un moro que se ha impuesto por penitencia no alimentarse, mientras la guerra dure, mas que de la carne de los españoles que mate.

Pues ya se sabe de que morirá ese moro: de hambre. Para alimentarse de españoles hay que seguir otro procedimiento: el de comérselos vivos, como hacen los gobiernos restauradores.

Leo que sobre la guerra conferenció largamente con el ministro, Becerra, que es persona competente si las hay en esta tierra.

Ya lo creo, ¡voto á tall! Guerrero fué, y asegura que un día en trance fatal lo diezmaron, si con premura no se mete en un portal.

En la Casa de Socorro de la Latina ha fallecido un hombre que había sido encontrado en la vía pública, desahogado por el hambre y el frío.

Con que hubiese cometido cualquier acto de esos que los Padres de familia consideran como ataques á la moral, se hubiese sustraído á fin tan desastroso.

Son gentes de dinero, y le hubiesen dado alimento y albergue... en la cárcel.

Esto sí que es inmoral; que se muera de hambre la gente en una población donde hay tantos que ostentan millones de procedencia dudosa.

En un pueblo de la provincia de Orense, una mujer ha encontrado en el escondrijo de una pared doscientas

cuarenta onzas de oro, encerradas en un bote de latón.

¿Onzas de oro retenidas y en tan larguísimo plazo? ¿Cómo no fueron habidas por Cos-Gayón ó Gamazo?

Y dijo el padre Burgos, paul que misiona por Montejo de la Sierra:

«El infierno está lleno de suscriptores de EL MOTIN. Y los que todavía tienen que ir, que son muchos más.»

¿De veras, padre? ¿Cómo sabe usted que aquellos amplios salones están llenos de suscriptores de EL MOTIN?

Mucho me alegraría; pero conste que en esta administración no se ha recibido un cuarto de aquella procedencia.

¡Gran Dios! ¿Qué idea! ¿Si habí á ido vuestra paternidad por allí á dar una vuelta, le habrán entregado los cuartos de tan numerosas suscripciones, y?...

Tenemos que hablar de eso. ¿No faltaba más!

Cuentas son cuentas; y no olvide usted que si lo pilla en un renuncio, voy á procesarlo.

Conque vengan datos y á tener la lengüecita quieta.

BIBLIOGRAFIA

Interpretación de El Quijote, por Polinoux.

Muchos estudios críticos se han hecho de *El Quijote*. Unos autores, atribuyendo á Cervantes tendencias trascendentales que a caso no cruzaron por su imaginación, nos lo han presentado además como filósofo, como médico, como viajero, como desamortizador eclesiástico (fundándose en la escena del despojo de los frailes de San Benit), como geómetra, como astrónomo y hasta como buen director de comunicaciones postales. Otros, por el contrario, han atribuido á la casualidad las mayores bellezas del libro, y rebuscando errores de menor cuantía y anacronismos de que no está exenta tan imitable obra, llegan casi á suponer que Cervantes fué un ignorante afortunado.

El autor de esta *Interpretación* pertenece al número de los apologistas. No cree que obra tan grande tuviese por único objeto satirizar los libros de caballerías. ¿Qué razones aduce para ello? Muchas y muy atendibles. Por eso recomendamos la lectura de este libro, que á pesar de su abultado volumen (527 páginas en cuarto), se vende al precio de cinco pesetas en las principales librerías, ó dirigiendo los pedidos á D. Benigno Pallol, Valverde, 24, principal, Madrid.

Con ser superiores todos los almanaques que ha venido publicando nuestro colega *Esquella de la Torratxa*, de Barcelona, el que acabamos de recibir para 1894 aventaja á los anteriores.

Amenidad y variedad en el texto, enorme profusión de notables dibujos y fotográfados y una cubierta al cromo con arreglo á los últimos adelantos de la litografía. No se puede pedir ni dar más por un peseta.

De venta en la librería española de López, Rambla del Centro, 20, Barcelona.

La Revolución de 1892 en Venezuela y sus hombres, volumen primero. Retratos y apuntes biográficos, por el general Leonardo Corcuera.

Para todo español deben ser muy sensibles las luchas intestinas de las naciones hispano-americanas. Por eso nos aut-nomos de emitir nuestro juicio—políticamente juzgando—del folleto del general Corcuera, consignando, sin embargo, que está muy bien escrito.

Precio seis reales fuertes. Librería de Fernando Fe, Madrid. Segundo Salvador, Bilbao. Carranza hermanos, Caracas.

La Revista de Estudios Psicológicos *La Irradiación*, ha publicado su almanaque para 1894. Contiene valiosos artículos de los señores Dr. Otero Acevedo, Dr. Huelves y de otros varios redactores y colaboradores de dicha publicación. Sustituye el santoral con notables efemérides y fechas cronológicas y publica un nomenclator de la mayoría de las sociedades de estudios psíquicos que existen.

Precio una peseta cincuenta centimos en la administración de la Revista, Jacometrezo, 59, principal, Madrid y en las principales librerías.

La Iberiada. Poema en prosa, original de D. Manuel Lorenzo de Ayot, director de *La Reforma Literaria*.

Se ha publicado el primer canto de dicho poema; es de gran interés. Forma un folleto de 40 páginas en 4.ª música. Precio dos reales, en la administración de *La Reforma Literaria*, Luchana, 37, principal.

OBRAS EN VENTA

Madama Bovary, por Gustavo Flaubert.—Tres pesetas.

Mademoiselle de Maupín, por Teófilo Gautier.—Tres pesetas.

Las Mujeres, por Alfonso Karr.—Dos pesetas.

Bajo los tilos, por el mismo.—Tres pesetas.

Una hora más tarde, por el mismo.—Tres ptas.

Hortensia, por el mismo.—Una peseta.

El camino más corto, por el mismo.—Tres ptas.

Fé sostenido, por el mismo.—Una peseta.

Imprenta, Plaza del Dosde Mayo, 4.